

El susto de Madame Bovary

Emma se aferraba a sus recuerdos, a la imagen casi desleída de esos encuentros.

Frente a él, desmadejada, le confesó: “necesito vivir contigo el tiempo de un instante y el de una eternidad, sentir que me sientes”.

Arrebato desenfrenado de nuestra matrimoniada protagonista decimonónica.

Sin pelos en la lengua y con las ganas encallecidas de vivir en primera persona las ínfulas literarias que parecen nublarle el cerebelo, grita a voz herida sus entretelas a un amante esquivo, mujeriego impenitente y narcisista: *“Nunca dejes que te pierda, quíereme con toda tu alma, siénteme muy dentro a pesar de la lejanía y de la frialdad, quiero llegar a vivir tu calidez; perdona mis defectos y mediocridades, mi indecisión que te exaspera, solo quiero percibir una parte de ti para mí...”*.

Actitud escandalosa y comportamiento impropio de parámetros rígidos e inflexibles para la mujer, por eso, por ser mujer. Emma se líía la manta a la cabeza e irrumpe en el panorama varonil llena de decisión, anhelando el control de su vida, decidiendo.

¡¡Qué importante es la voluntad!!

Su apellido Bovary la sitúa en una sociedad convencional y dentro de un cuadro del que resulta difícil salir; si se mueve demasiado su figura se desvanece y el lienzo no encaja. Para algunos, heroína, para otros caprichosa, mujer veleidosa sin arraigo en la realidad, disociada recreando paisajes modernistas. La desilusión de nuevos amantes le explota en las manos, con cara de “boeuf” no encuentra la pieza del puzle: *“... porque en el umbral de mi soledad me quedará siempre la memoria de tu compañía. Quiéreme un poco para poder repartir siempre tu amor en cada día y sentirte permanente. Ayúdame a ganar la guerra de mi vida contra mí”*.

Seguro que voces femeninas la agitarían hoy, la sacudirían de ese letargo que padece para gritarle: *“¡¡dignidad, Emma, dignidad!!”*. Emma se mueve por la habitación que le queda estrecha como un traje mal confeccionado, aceptando propuestas que la aproximan a su fantasía; sucumbe o acepta. Al borde del precipicio anímico: *“nunca sabrás cuánto te amo...tal vez puedas alcanzar el umbral con el pensamiento, pero no conseguirás aproximarte a la milésima parte de mi amor, y no tendrás sitio suficiente para guardarlo”*. Su marido fiel, abúlico, de trato fácil, pero sin emoción, un esposo al uso, insuficiente para las alas de un temple libertario.

Mujer incomprendida, etiquetada débil y enfermiza: “¡¡vamos, ya!!” le animan las féminas de hoy. “A lo hecho, pecho”.

Emma en sus ensoñaciones de mujer atrapada en una cuadrícula angosta, salmodia: “*Me ahogo en mi propio miedo por el torbellino de una pasión tan deseada como desconocida que me provoca unas ganas incontenibles de llorar: te vi lejos, y te necesitaba a mi lado, pensaba en ti, en tu calor, en tu olor, en tus manos, en tus caricias, en esos momentos tan íntimos y tan nuestros*”.

Observando el reflejo de su imagen, se siente sola en 1856 y hoy, en 2023 se vuelve a cada paso, percibiendo nuevos abandonos, nuevos desencuentros...: “*Quiero verte, sentirte, estar contigo y que nos estalle el amor, te he vuelto a encontrar y no permitas que te pierda otra vez; quíereme muy cerca, que nunca nos volvamos a alejar*”.

Madame Bovary es amiga de Ana de Ozores, la esposa rara y endeble que vivía en Vetusta), de Laurencia, la joven pastora feliz, forzada por el militar poderoso y desaprensivo, de Yerma, la mujer de Juan, enrabiada contra un marido melifluo y sin sangre en las venas, de Rosaura, de Melibea... Formaría buena pareja con Alonso Quijano, tan culto y tan sabio, tan humano. Dos inadaptados en sus propios mundos tan “normativizados”, tan regulados.

“*Ven y vivamos lo nuestro, siempre, el goce de nuestro abrazo*”.